



EL CALOR DE
ENERO


ALVARO CASTILLO

ALVARO CASTILLO

EL CALOR DE ENERO

(extracto: primer relato)

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

Toda la música del mundo

[Enlaces](#)

UNO

TODA LA MÚSICA DEL MUNDO

Aquella mañana, al salir de la cabaña, Eneas Malespina ya había divisado el incendio. Al principio el humo negro subía sesgado en el viento y después, mientras bajaba la ladera hacia el boliche, había distinguido el fuego, como si lo estuviera mirando en un espejo sucio, las llamas color de oro reflejadas en el agua.

En el boliche entre las rocas pidió lo de siempre, vodka y naranja. Sentado en uno de los taburetes altos frente al mostrador se puso a mirar a Felipe que exprimía las naranjas. Hacía ruido al exprimirlas, sus manos hacían ruido, y el aparato exprimidor, y la pulpa machacada de las frutas. De lejos parecía que Felipe estaba sudando, tal vez maldecía el calor y el incendio y al hombre que le había pedido de beber. El olor del humo no había llegado todavía pero Eneas Malaspina creía presentirlo, o lo adivinaba. “Lo voy a llevar pegado al cuerpo para siempre”, pensó, sin atreverse a sonreír con toda la boca, temiendo ver su sonrisa en el vidrio manchado de grasa que cubría el mostrador. Olió el aire, limpio aún pero por poco tiempo, el bosque entero ya debía estar en llamas, el humo borroneaba el cuadrado con cielo de la ventana.

Apretando la bebida en una mano bajó del taburete. Hoy volvería a emborracharse, no había motivo para no hacerlo. “Tampoco hay verdaderos motivos para hacerlo”, pensó. Se sentía pesado y soñoliento, su propio desinterés lo tenía confundido, malhumorado. Ya no veía por la ventana porque se había sentado a una mesa lejos del mostrador y la ventana. Equilibrándola sólo en las patas traseras había recostado la silla en la pared, había sentido que las puntas de las patas de la silla herían el piso de tierra. Apoyó la cabeza en la madera pulida y cerró los ojos al beber. Sentía la tibia aspereza de la madera en la nuca y también que Felipe lo estaba mirando. Intuyó asombro y vergüenza, tal vez una remota, asombrada, avergonzada complicidad en la cara del otro. “Como si los dos fuéramos inválidos”, pensó, haciendo girar el vaso helado entre sus dedos estirados. Abrió los ojos, movió los labios.

-Esperemos que cambie el viento –dijo.

-No va a cambiar. –Felipe se había volcado de codos encima del mostrador para hablarle. Tenía la cara cenicienta, como si se la hubiera machucado: la mirada vidriosa-. No va a cambiar, qué va. Es viento norte, va a seguir soplando y soplando días y días enteros.

Estaban solos en el boliche y hoy ya nadie más vendría. “Ni hoy ni nunca”, pensó Eneas, todos los habitantes de la zona estarían colaborando en combatir el incendio, moscas revoloteando alrededor de un tigre furioso. Ahora Eneas sonrió mostrando los dientes y pensó decir en voz alta lo que estaba pensando, “Propietarios del Lomo de la Ballena, uníos”. No dijo nada y en cambio volvió a beber, con los ojos abiertos y demorando el líquido en la cavidad bucal, el fuego ya estaba subiendo por un costado de la Ballena y el cielo que seguía de color azul preciso, sin nubes (era un perfecto día de verano) pronto se pondría rojo como si se dispusiera a llover sangre. Entonces el fuego ya habría ganado la cumbre boscosa en tres saltos y en seguida se lanzaría voraz hacia abajo, alimentándose de acacias viejas y encinas robustas, todos aquellos árboles centenarios. El descenso sería imparable, una especie de alud ardiente, lava, una primitiva furia criminal. Las llamas barrerían con todo lo que se pusiera en su camino, tal vez durante días, hasta la primera lluvia o hasta que cambiara el viento. O hasta chocar con el mar. Y desde el mar se vería un perfecto paisaje gris, las cenizas humeando y de noche los ojos rojos de las brasas consumiéndose en la arena. Eneas mojó los labios en la bebida casi con timidez y sacudió asqueado la cabeza. El primer sorbo ya le había caído mal, hoy no debería emborracharse, si ni siquiera ganas tenía. Su cuerpo conservaba los efectos de la borrachera de la noche anterior y conservaba aún más: una especie de residuo fermentado que le subía hasta la boca por dentro del gástrico correoso. Su cuerpo se estaba gastando día a día sin remedio, sus manos su piel su sangre sus labios sus ojos. Los ojos, sentía los párpados hinchados, plomo líquido en la piel alrededor, adivinaba sus ojos corrompidos por finas líneas quebradas de sangre pajiza, sangre aguachenta de color amarillo. Y sus ojos eran celestes, alargados, apenas miopes, bellos. Volvió a beber y de nuevo sacudió la cabeza, impaciente. Se emborracharía. Entonces pensó o entendió (como por telepatía) que Felipe quería hablarle. Felipe tenía la boca abierta y una mano cerca de la boca, la cabeza ladeada y una expresión de pasmo y tristeza que le bajaba de los ojos como si fueran lágrimas para extenderse o rodar livianamente por toda la cara. “Este pobre imbécil”, pensó Eneas y lo miró y vio la boca lenta que se abría, el temblor trémulo previo a las palabras, al primer sonido entrecortado.

-Todo lo que tenía lo puse en este negocio –las manos de Felipe se encogieron, dobladas, hacia el pecho enorme-. Todo. Hasta la plata de mis hermanos.

-Puede ser que el viento cambie.

-Hay once bocas que dependen de lo que yo gano aquí. Mi hermano Federico tiene seis criaturas y se ha quedado sin trabajo.

-Puede ser que cambie el viento.

-Mi hermana Brenda está loca. Usted lo sabe. Los gastos del sanatorio, de los medicamentos, del médico...

-De repente el viento cambia. Otras veces ha pasado.

Sin convicción, sin esperanza, tremendamente aburrido, sin voluntad siquiera para tratar de escapar de las quejas de Felipe, cansado y envejecido, con el vaso adentro de una mano poco firme, los largos dedos en torno al vidrio que se enfriaba, Eneas sonrió, apenas eso. Trató de reproducir mentalmente su sonrisa mientras aún la conservaba, vacilante, en los labios, algo baboso y espeso, repugnante, una cosa pegajosa. “Mierda.” Se enderezó bruscamente en la silla y se echó hacia delante estirando el pescuezo para poder mirar por la ventana: el cielo se había vuelto negro como si fuera de piedra de cobalto o de tierra negra ausente de pájaros y de sol. Eneas había vaciado el vaso casi sin fijarse y se había levantado con el vaso vacío en una mano cuando escuchó, lejos, las sirenas, los bombeos. Caminó hasta la ventana y esperó, el vaso en una mano, las piernas separadas, la cara hacia el humo y el calor. Tres o cuatro minutos estuvo esperando, sin beber –su vaso estaba vacío- y casi sin moverse hasta escuchar las sirenas que sonaban justo debajo y se iban. “Hay que joderse –pensó-, y pensar que el mar está tan cerca.”

-Vienen los bomberos –dijo.

Desde la ventana podía ver su casa, la cabaña de troncos en lo alto de la ladera, detrás lo verde oscuro de la parte elevada del Lomo de la Ballena, por allá iba a irrumpir el fuego, primero el resplandor rojo y azul y después las llamas azules, movedizas, monjes borrachos con sotanas amplias y capuchas en pico. De lejos, la cabaña parecía muy sola en lo más alto de la ladera de roca. No se veían las casas, cuatro o cinco casitas parecidas, chalecitos con jardín y senderos adoquinados y adornos florales en las ventanas. Y señoras pintarrajeadas sentadas en malla de baño bajo los toldos de los sillones-hamaca. Eneas siempre había detestado nada más tener que mirar las casitas vecinas, vivir rodeado por ellas. Hoy, de repente, les había tomado cariño, o tristeza, una vacía sensación de solidaridad. Los moradores de las casitas eran matrimonios con hijos, veraneantes, nuevos ricos, gente gorda. “Mentalmente gorda, por lo menos”, pensó sin lástima. Hombres afables de redonda barriga blanda, que trataban de esconder sus dedos rústicos en la relumbre de los anillos. Sin embargo hoy también estarían combatiendo el fuego, desesperados y sucios, defendiendo sus mamarrachos de ladrillo y cemento, sus millones, sus ahorros de años, la estima de los demás, a sus perros y a sus gatos, los pequeños gánsters y los políticos venales y los fabricantes de vidrio enriquecidos. Eneas pensó a todos los hombres de torso desnudo enfrentando al fuego del otro lado de la ladera, los baldes de arena y de agua pasando de mano en mano, las manos llagadas de meterlas en las llamas, las voces enronquecidas, las gargantas heridas, los cigarrillos apurados, las vacilaciones y el miedo y además, y sobre todo, la alegría indisoluble de sentirse, por un rato, hombres y vivos, hundidos en el sudor y el coraje, los minúsculos seres repugnantes. Una especie de orgía. Casi deseó tener el mismo coraje, la misma voluntad de tener coraje como para poder maldecirlos, o las ganas por lo menos. “Que se vayan todos a la mierda”, pensó sin violencia, sin rabia, porque si

subía la ladera hasta lo más alto podría distinguir la lucha imposible contra el fuego, los hombres-hormiga metidos en el humo. Y tal vez entonces él se movería, bajaría corriendo y ya arrancándose la camisa a los tirones colaboraría, peleando hasta el último milímetro de su desesperanza y así al final encontraría un motivo para emborracharse. En cambio se movió hacia el mostrador.

-Dame la otra –pidió.

Felipe seguía exprimiendo naranjas como si fuera lo último que le quedaba por hacer, lo único, ni mirar para atrás ni desplazarse ni hablar. Había cáscaras amontonadas en el suelo y una jarra rebosante de jugo recién hecho encima del mostrador, junto a la campana de vidrio con sandwiches de ayer. Y Felipe seguía exprimiendo naranjas, ferozmente. Eneas lo escuchaba jadear y lo veía, el pálido perfil ansioso y las manos trabajando, las cortas, feroces manos gruesas, más aptas anatómicamente para retorcer pescuezos humanos que para exprimir miserables, humildes naranjas con un exprimidor azul de plástico. Sentado otra vez en el taburete Eneas olió la pulpa de las naranjas, el jugo, y llevando los labios hacia fuera sorbió ese jugo espeso, sin azúcar e insistió:

-Dame la otra.

Detrás del mostrador Felipe se movió cojeando, arrastrando su pierna dura (antes de ser bolichero había sido pescador de alta mar, de los mejores. Usaba un gorro azul de lana gruesa y un rompevientos azul que jamás olía a pescado, hasta la tarde en que un tiburón herido de muerte lo aplastó de un coletazo contra uno de los costados del frágil bote de madera, quebrándole una pierna y rompiéndole tres costillas), la espalda vuelta hacia el mostrador. Tiró al suelo la cáscara de media naranja y se encogió de hombros. Después se detuvo delante de las estanterías con botellas. Con un dedo recorrió la fila de botellas de más abajo y eligió una de las botellas cercana al espejo. Eneas lo olía sudar y lo veía derretirse blandamente en el calor. Lo vio darse vuelta con la cara empapada y disolviéndose, una mueca en la boca y una botella entre los dedos.

-Aquí tiene. Sírvase usted.

Golpeándola, Felipe dejó la botella en el mostrador junto a la jarra con jugo. Eneas lo miró alejarse hacia el otro extremo, encogerse y después acuclillarse con la pierna dura estirada casi a ras del suelo, alargar un brazo, acariciar con una mano sin temblores el lomo tibio y suave del gran gato amarillo que esperaba o dormía, ovillado en una silla de mimbre con agujeros.

-Vos, gato –decía Felipe-. Vos, gato.

Y lo acariciaba.

Eneas Malaspina se removió en el alto taburete de madera, encajó los pies en los travesaños horizontales y trajo hacia él la botella y la jarra y se sirvió un chorro de vodka y después

naranja hasta el borde. No había hielo y no lo pidió. Miró fugazmente hacia la ventana torciendo el pescuezo, pronto se distinguirían, en lo alto, las llamas, se escucharía el ruido creciente del fuego, los golpes sordos de los gigantes árboles abatidos, Eneas Malaspina sintió una leve angustia y pensó, aburrido, que la de hoy debía seguir siendo una mañana como cualquier otra. Con sus largos dedos de pianista o carterista armó un impecable cigarrillo sin mirar. Antes de encenderlo lo olió, rutinario, haciéndolo deslizarse bajo su nariz. Trató de forzarse a la idea de que a la noche llovería y a la mañana siguiente todo lo que ahora veía sólo sería cenizas humeantes y silencio.

“Una tumba”, pensó.

Al rato se dio cuenta que Felipe ya no estaba del otro lado del mostrador. Sólo quedaba el gato, ahora medio despierto, con el hocico apuntando abajo, lamiéndose las patas, las uñas afiladas. Eneas arrancó una de las delgadas hojillas de papel de armar y apretándola con dos dedos hasta redondearla la tiró hacia el gato. El gato maulló aburrido y se estiró y en seguida volvió a entredormirse o hacerse el dormido, liviano y flexible, con la cabeza metida entre las patas delanteras, la cola colgando recta hacia el suelo.

“Apenas me haría falta pensarlo, murmurarlo, querer de veras que todo esto desapareciera –pensó Eneas-. No necesitaría nada más para quedarme yo solo en esta parte del mundo.” Sonriendo un poco, burlándose por anticipado, falto de la fe imprescindible (lo sabía) movió la boca sin sonido: “No hay más nada”. Cerró los ojos. “Cuando abra los ojos ya no va a quedar nada.” Al abrirlos vio que Felipe había regresado y se abanicaba la cara y el cuello con un periódico doblado. Tenía puesta una camisa nueva, sin manchas de sudor ni de grasa; era una camisola suelta, floreada, celeste, ridícula. Llevaba una campera azul desteñido, amarillento, colgada del otro brazo, pegada a la barriga aparatosa. “Se va”, pensó Eneas, sin sorpresa. Sintió un pesar incierto, una especie de sopor, tal vez un escondido vestigio de solidaridad o vergüenza; no le hacía gracia la idea de tener que quedarse solo, seguir bebiendo sin otra compañía que los discos y él mismo en la cabaña de troncos. Justo hoy.

Con el periódico arrollado delante de la cara, como si tratara de cubrirse del sol u ocultarse, Felipe se acercó, se acodó casi con confianza (casi con la misma vieja confianza que había existido entre los dos hasta ayer) en el mostrador. Venía jadeando, sin aliento, y el olor a ajos de su boca tembló levemente contra la cara de Eneas.

-Creo que a mí también me hace falta una –el brazo izquierdo de Felipe buscó detrás del mostrador y debajo y regresó con un vaso empañado apretado entre los cortos dedos de uñas sucias. Después Felipe sacó los cigarrillos de uno de los bolsillos de la campera que llevaba colgada del brazo inmóvil y los dejó caer encima del vidrio del mostrador. Sus ojos no se habían apartado de los ojos de Eneas y no habían parpadeado ni una vez. Ni una sola-. ¿Por

qué se queda aquí? Todo el mundo está peleando contra el fuego. Todos, hasta las mujeres y los niños. Sólo usted no.

No era por odio ni por desprecio, seguramente tampoco a causa del miedo. “Desilusión puede ser –pensó Eneas-, o simple fatiga.” Observó a Felipe llenando el vaso, la mitad vodka y la mitad naranja, lo miró beber, bebiendo, el grueso cuello tenso, las hondas arrugas marcadas como cicatrices de navajazos, las venas retorcidas e inflamadas, el bulto de la nuez al tragar, clavado a la altura de la mandíbula. “Pobre tipo –pensó-, pobre rata de caño.” Se sirvió también, ahora vodka pura y también bebió. Agarró un cigarrillo del paquete de importados que Felipe había dejado encima del mostrador y prolongó innecesariamente el acto de encenderlo. Al final sopló el fósforo varias veces, muy suavemente, y consiguió apagarlo al cuarto intento, justo antes que la llama le quemara los dedos.

-Permiso –dijo, recién al soltar el humo. En seguida tecléo con los dedos de una mano encima del vidrio que cubría el mostrador-. Por mí puede arder todo, Felipe. Incluso este apesotado boliche.

Estudiadamente se encogió de hombros, probando un lento, deliberado ademán de desprecio. No miró la cara de Felipe pero la supo, como si al hombre lo conociera desde hacía cien años. El color de golpe púrpura en las mejillas curtidas al sol y yodo, la piel tirante alrededor de la boca, la boca un poco abierta, los ojos grises apretados, arrugas, años y rabia.

-Tendría que golpiarlo por esto, don. A otro cualquiera ya lo estaría masacrando, se lo juro.

Mirando el suelo, Eneas escuchó que Felipe sollozaba. Felipe sollozó o produjo un ruido muy semejante al de un sollozo. Después extendió los brazos, la campera seguramente había caído amontonada detrás del mostrador.

-Mire mis manos, don. Mirelás –enseñó las manos poderosas haciéndolas girar en la luz cerca de la cara de Eneas. Las enseñaba sin soberbia ni amenaza, sólo mostrando esas dos vulgares herramientas de fuerza y trabajo, diez trozos de carne reseca, endurecidos de callos, con viejas cicatrices en el dorso, las uñas cuadradas romas y sucias-. Mire. Podría matarlo.

Eneas movió la cabeza hacia abajo, compadecido, sin violencia.

-Vos no matás a nadie, Felipe. Sos incapaz, un pobre diablo –miró por la ventana y recién al ver el fuego, las figuritas grises y frágiles de unos hombres recortados contra el fuego y el humo, las llamas amarillas y azules y rojas que crecían más arriba de los árboles, fantasmas embozados, descubrió de veras el incendio, ahora ya no se trataba sólo de humo, de vagos reflejos en el agua-. Sabés bien que estás jodido, que todos estamos jodidos.

Lo que hicieron fue seguir bebiendo, con las caras cerca entre la jarra vacía y la botella, Eneas pensando que era tal vez lo único que podía hacerse, la única forma de escaparle por un rato a su propio vacío. También comprendió que le tenía verdadero miedo físico al fuego y la

idea lo hizo sonreír. Felipe sudaba y olía, malolía. A veces se tambaleaba como si una mano de aire lo estuviera golpeando o sacudiendo. No hablaba, también él se daba cuenta que no había nada de qué hablar. “Música, haría falta Wagner –pensó Eneas-, algo sonoro y maligno.”

Cuando se oyeron las primeras explosiones ninguno de los dos se movió. Primero terminaron de beber lo que quedaba en los vasos, brindando, con los brazos enlazados, solemnemente borrachos. Recién después Felipe apartó de un manotazo la botella ya vacía y la botella rodó sin ruido a lo largo del mostrador y cayó quedamente en el piso de tierra.

-Un coche, el tanque de un coche –afirmó Felipe. Nosotros vamos a hacer el mismo ruido, con tanta vodka dentro.

-El alcohol no estalla, se inflama –informó Eneas.

Se iba alejando del mostrador, retrocediendo de espaldas y ahora hacia la puerta. Vio que Felipe se daba vuelta y buscaba de nuevo entre las botellas. Encogiéndose de hombros Eneas salió a la grava, le pareció que ardía contra sus chancletas. Miró hacia la carretera cincuenta metros debajo, los coches que huían en fila hacia el Este escapándole al incendio. Los veía venir entre arcos de fuego, arcos voltaicos, puentes aéreos de fuego, guirnaldas ardientes, luces de bengala, una extraña apariencia de artificio. “Casi mágico el asunto”, pensó Eneas mirando las llamas que se juntaban, se abrazaban en el aire a través de las copas de los árboles, las rojas llamas aladas que volaban por encima de la cinta gris de la carretera. Los coches corrían debajo, con una prisa torpe, desesperada, furiosa, de hormigas acorraladas. Corrían, se iban, ensordeciendo el aire a bocinazos. Eneas los perdía de vista detrás de una casa grande con el techo a dos aguas con tejas rojas que no relejaban el fuego ni el poco sol que perduraba: tejas opacas, sucias, con yuyos aplastados en las juntas. La casa tenía dos taludes de pasto verde resplandeciente, el aparato giratorio de regar todavía daba vueltas tirando agua para todos lados en uno de los taludes, mojando los perezosos de lona y una hamaca de jardín y las hojas de diario tiradas en el pasto y un sombrero de mujer con adornos de flores de papel. También había un hombre: estaba de pie en la terraza con techo de cañas y tenía un vaso en una mano. “Otro loco”, pensó Eneas al levantar su vaso hacia el hombre y moverlo en el aire, un brindis a la distancia, solidaridad por borrachera. Emborrachadamente solidario, Eneas se rió. Distinguía la cara del hombre, bigotes, una inmovilidad como de piedra no sólo en el cuerpo y en las ropas sino también en las facciones, hasta en el aire caliente que lo encerraba. Al rato el hombre se movió para beber, con una lentitud de dios o niño despertándose: y bebió y tiró el vaso a lo lejos, hacia el lado de donde venía subiendo el incendio. Después desapareció dentro de la casa, su casa, Eneas sabía quién era: un comerciante muy rico, seguramente un ladrón de guante blanco, un turco o un armenio con nacionalidad argentina. “Otro más que se marcha; rajen ratas”, pensó Eneas, mirando al mar. En el agua las llamas se alargaban hasta el horizonte, parecían los reflejos de varias lunas rojas simultáneas. La sombra del humo cubría las dos

islas a lo lejos, las agrisaba, el paisaje de árboles y faros de las islas se había puesto gris y brumoso. “Islas ahumadas”, pensó Eneas, con el vaso caliente, vacío entre sus dedos.

También veía los veleros cerca, un yate grande apuntando de proa a la costa. “Curiosos”, murmuró con asco. Podía imaginarse la escena, más o menos la misma en cada cubierta, los hombres gordos tirados boca abajo, las mujeres jóvenes y hermosas, las prostitutas de lujo que hablaban y fornicaban en varios idiomas paseándose en bikinis o desnudas, el marinero viejo con anclas labradas en el torso y los ojos medio ciegos y recuerdos atroces detrás de los ojos ciegos y las manos clavadas en el redondo timón. Esta noche todos fornicarían a bordo menos el marinero y todos vomitarían menos él y a la mañana siguiente comentarían el incendio, algún muerto, las casa de los amigos incendiadas. Y también el calor. Eneas sintió que la rabia se sumaba al asco. “Soy un hombre de sensaciones primitivas”, pensó al escupir. Escupió. Veía las velas hinchadas en el viento liviano, los veleros no se movían pero parecía que se estaban metiendo en el fuego, las llamas parecían estar haciendo arder el agua como si fuera petróleo.

Volvió al boliche, ahí dentro el aire no estaba tan espeso. Vio que Felipe no había destapado la botella todavía, que la sostenía entre las manos con la tapa roja, de rosca, a la altura de la nariz. Felipe estaba despeinado y otra vez sudando y sucio, los ojos encandilados como si el fuego hubiera pasado brevemente por ellos o los hubiera tocado: contaminado. Había algo realmente maligno en esa mirada, los ojos juntos contra la nariz. Recién hoy, después de varios años (lo había conocido cuando todavía era pescador de altamar, lo había visto partir a la madrugada de pie en la proa del bote, con los brazos cruzados en el pecho: y entonces lo respetaba), Eneas se daba cuenta que Felipe tenía algo de vampiro en la cara, algo lineal y estilizado que contrastaba con su cuerpo gordo y rechoncho, con su grueso cogote, sus manos de dedos cortos: algo que venía desde lejos en los siglos, esos afilados colmillos de color herrumbre o yodo que parecían conservar viejos rastros de sangre. Felipe se reía enseñando todos los dientes, la lengua entremedio. Y también esa lengua fina y puntiaguda y esa nariz curva y afilada tenían algo de vampiro y de nocturno.

-Me voy, me marchó. Carajo, me marchó.

Felipe cojeaba hasta el extremo del mostrador y se agachaba y algo rumoreaba, con una especie de ternura, masticando el sonido de su voz hasta reaparecer y salir hacia Eneas sosteniendo al gran gato amarillo dormido en los brazos, la campera debajo.

-No quiero morir asado, me marchó. Nos marchamos –moviendo un dedo señalaba hacia atrás, el mostrador-. Ahí le dejó la llave, no se me olvide cerrar con dos vueltas cuando se vaya.

Pareció que adivinaba la intención de Eneas, lo que Eneas había estado pensando. Sonreía balanceándose, todo el peso de su cuerpo apoyado en la pierna sana:

-Y no voy a cobrarle lo de hoy –decía-. La casa ha invitado.

Seguía hacia la puerta y se volvía, girando despacio, su mano iba y venía por el lomo del gato y los ojos del gato estaban cerrados, la cola caída. Eneas casi creyó escuchar el suave ronroneo de placer del animal. Felipe parpadeaba como si la proximidad del incendio lo hubieran engeguado. Y además envejecido. De veras parecía más viejo, hasta la rabia y la conciencia de los numerosos fracasos habían desaparecido de sus ojos, de su cara; sólo conservaba una especie de fatalismo burlón, casi ascético, quizá imprudente. “Diez años más viejo por lo menos –pensó Eneas-, hasta la voz se le ha cascado.”

-Y también coloque el cartelito en la puerta, haga el favor –la voz cascada remedó una especie de risa sin eco-. No se me vaya a olvidar.

-Está bien, podés irte tranquilo.

Eneas se hamacó, con las manos enganchadas por los pulgares en los bolsillos del pantalón. No había llegado a precisar si de veras se sentía borracho. “Andate de una vez –pensó-, hacete humo en el humo.” Apretó el vaso vacío en los dedos, se concentró en la idea de la botella intacta, virgen todavía encima del mostrador.

-Si quiere lo llevo. Media hora de tiempo tenemos –Felipe se encogía sin dejar de acariciar al gato, daba dos pasos breves y desiguales hacia la puerta, dudaba ceremoniosamente feliz: por borracho-. No me gusta la idea de abandonarlo en este horno. Y usted que no tiene coche.

“Se va a hacer puré en la carretera –pensó Eneas-, nadie puede conducir en ese estado.” Sintió una pena casi certera por el gato, sacudió sin fuerza la cabeza.

-No te preocupes, ya he aprendido a cuidarme solo, en caso de apuro me tiro al agua y listo. Sé nadar –señaló hacia la ventana y el cielo. También a los veleros que no veían-. Hay unos cuantos veleros allí cerca, puedo alcanzar uno si me hace falta.

Aliviado vio que Felipe se iba, supuso que tal vez había entendido.”Y conste que no lo hago por estar borracho”, pensó. Lo último que vio de la cara de Felipe –y lo último que vería jamás, ya lo sabía- fue una especie de sonrisa con los colmillos de vampiro al aire, los pequeños ojos encapotados. Lo vio taconear con aparatosidad y soberbia, acentuando la cojera como si fuera una gloriosa herida de guerra, lo vio acariciar el gato y vio que el gato se daba vuelta para mirarlo a él y que sacaba casi burlándose la lengua porosa. Después Eneas giró hacia el mostrador y agarró la botella y la destapó. Había pensado romper el pico contra el mostrador como hacían los piratas (algo que de niño quería hacer), pero descartó la idea. “No estoy acostumbrado a mascar vidrio –pensó-, no es bueno para las tripas.” Quizá estaba borracho a pesar de todo. Después de llenar el vaso hasta el borde armó un cigarrillo y lo encendió. Descubrió que Felipe se había olvidado sus cigarrillos importados pero los despreció manoteando el aire. O tal vez Felipe no se los había olvidado. “Puede ser que el cretino haya querido regalármelos –

pensó-, sería el colmo”. Y con un dedo empujó el paquete blanco y rojo hacia el suelo del otro lado del mostrador. Se acodó con fuerza en el vidrio y leyó el cartel que le había dejado Felipe, letras en lápiz repasadas con fuerza varias veces hasta horadar el cartón:

CERRADO POR INSENDIO

Se quedó un rato riéndose con el pucho colgado de una punta de la boca, la saliva seca pegada a los labios, el pucho apagado. Después bebió de un solo trago largo (hasta atorarse: se atoró) el contenido del vaso y escupió vodka y flemas en el piso de tierra. Pensó que vomitaría, definitivamente estaba borracho. Tapó como pudo la botella y se la calzó bajo el brazo. Saludó y empezó a irse, de espaldas, ceremonioso, haciendo reverencias. Desde la puerta volvió a saludar, al aire, al tiempo, al incendio, al calor, a los veleros que no veía, al humo, al fuego, al gato, a Felipe, a las dos láminas con toreros de las paredes, al gato amarillo de nuevo. Cerró de nuevo la puerta y saludó a su reflejo repentino en el vidrio sucio (se dobló como una bisagra para saludarse) y le pasó dos vueltas de llave a la puerta y se guardó la llave en un bolsillo del pantalón. La grava seguía ardiendo bajo sus pies y en la carretera cincuenta metros más hacia el lado del mar ya no había coches corriendo sino árboles caídos que ardían y humeaban y había humo y también, corriendo de un lado a otro, las siluetas azules, los cascos plateados de los bomberos. Saludó también a los bomberos y a los veleros, que eran ahora más numerosos que antes. Eneas contó nueve y perdió la cuenta (los veleros se movían y se multiplicaban y su brazo extendido también se movía y a veces se desdoblaba en dos brazos transparentes) y volvió a empezar pero se aburrió, contando veleros con un ojo cerrado; se rindió. Apretó la botella bajo el brazo, el humo y el fuego también olían a pasto y a savia, ¿o era el viento?, los olores de siempre del bosque viajando en el viento liviano. Eneas ya escuchaba el fuego subiendo y cerca, lo veía debajo y lo presentía en lo alto, próximo al bosque tupido de la cumbre. Pronto el fugo alcanzaría esa cumbre, la cresta, lo más alto del Lomo de la Ballena y después se lanzaría hacia abajo entre árboles y casas y piedras y la gente que huía. Avanzaría, el fuego, para comérselo todo como una pavorosa boca abierta y hambrienta, con un hambre fragorosa y en vez de la lengua y los dientes las llamas. Un verdadero ogro, el fuego. Yendo hacia arriba por la ladera Eneas se dio vuelta para mirar el boliche una vez más, la última. Le dolía abandonar el boliche y ahora lo veía desde arriba; el techo de quincha (que sería lo primero en arder) se confundía con el color pardo rojizo de las rocas. Miró los veleros, la gran casa de tejas rojas y pronunció una palabra: “Sodoma.” Recordó, como para disculparse, que sus padres habían sido fervientes católicos practicantes, que a él lo habían educado en un clima de terror religioso, varas de mimbre, confesionarios y curas tenebrosos, aquellos curas que lo castigaban. Recordó que él mismo había colaborado con los curas en el acto de meter la hostia en la boca de los comulgantes, “monaguillo”, recordó, vagamente asqueado. Aquello ya no era ni siquiera parte de

su vida, definitivamente no. Eneas seguía subiendo, seguía apretando la botella, tibia ya, bajo el brazo.

Subió casi corriendo el trecho que le faltaba para llegar a la cabaña. Se sentía aligerado, como si le hubieran nacido alas en los brazos, plumas de colores en lugar de los dedos. Desde la puerta de la cabaña miró sin sorpresa ni temor, casi como a un amigo esperado o a una mujer deseada al fuego que se iba aproximando, el incendio ya había ganado la cresta. Pensó que ahora mismo podía cerrar los ojos y acabar con todo y se dio cuenta que se estaba repitiendo. “Eso lo pensé hace un rato y no surtió efecto”, se dijo. Sin embargo tenía el presentimiento de que ahora resultaría, ahora él sentía algo parecido a la fe. Por eso no cerró los ojos y luchó para mantenerlos abiertos, los dos, sin parpadear siquiera. Hasta que las lágrimas le ardieron y le nublaron la vista: entonces parpadeó.

Había dejado la puerta sin llave; nunca le pasaba llave, no hacía falta. Abrió y entró y cerró la puerta de un codazo. Lo primero que hizo fue agarrar un vaso de plástico de encima de la mesa de cármica y servirse. Después fue a la cocina y cortó dos churrascos y los puso a cocer en la churrasquera eléctrica. Terminó la vodka (no había llenado del todo el vaso) y un cigarrillo mientras los churrascos se cocían sin ruido. Pensó que por suerte el incendio aún no había cortado los suministros de corriente eléctrica. “Si no no hubiera podido comer”, se dijo y al darse cuenta se rió. Sacó los churrascos de la churrasquera y se puso a comerlos de pie, cortándolos con un cuchillo de monte y pinchándolos con un largo trinchador con mango de madera, el plato encima del mármol vetado y rajado de junto al lavabo. Con un trozo de carne en la boca, masticando (y pan también, pan de ayer mojado en el jugo rojo del churrasco casi crudo) fue hasta el living y se quitó la camisa, arrojándola sin mirar hacia el único sillón que había. Supo que había acertado, como siempre. Colocó un disco en el tocadiscos automático y apretó el botón de encendido. Después apretó otro botón que ponía en funcionamiento el mecanismo del aparato y reguló casi en el mínimo la perilla del volumen. Agachándose, pasando las manos por su pecho sudado, escuchó: Wagner. Silbando suavemente algunos compases de la obertura de El buque fantasma –que también se llama El holandés volador, recordó y le hizo gracia– regresó a la cocina para terminar con los churrascos. Al pasar miró la foto de su madre y su propia foto, peinado a la gomina, veinte años más joven, en la pared junto a una de las ventanas. Y por la ventana vio el fuego.

Ya no tenía hambre pero igual terminó los churrascos y mojó más pan en el jugo y también se lo comió. Metió el plato en el lavabo y abrió la canilla del agua caliente y mientras masticaba el último trozo de pan pensó que tenía que seguir bebiendo. No por miedo sino para no falsear sus costumbres. No tenía ganas, pero igual echó más vodka pura en el vaso de plástico (un vaso verde, sucio de polvo, manchado de dedos, rajado desde el borde hasta la base) y se acercó a la ventana abierta, despacio, moviéndose cuidadosamente dentro de las ondas de la

música y del calor. Otra vez vio el fuego que se aproximaba pero no estaba pensando en el fuego. “Conste que lo voy a hacer sin saber del todo por qué”, murmuró, tal vez mintiendo.

Acercó el sillón a la ventana y se sentó encima de su camisa, se hundió en el sillón, uno de sus pocos viejos amigos. Siguió bebiendo, tenía ganas de fumar pero le daba pereza armar un cigarrillo. También tenía sueño. Bostezó y dobló y elevó los dos brazos, desperezándose. Por un momento se arrepintió por haber despreciado el paquete de cigarrillos que le había dejado Felipe, aunque en seguida sonrió. Se rió. Pasó la mano por la superficie lustrosa, barnizada de la tapa del tocadiscos. Después de un vaso de vodka otro vaso de vodka y después otro y después hasta que de la botella salió un breve chorro delgado, frágil, quebradizo y al final gotas que salpicaron desparejas en el piso de baldosa. Ahora sólo faltaba esperar, oír la música. Eneas Malaspina tiró al piso la botella, levantó el brazo más arriba que su cabeza y tiró la botella con fuerza, casi con rabia. Pero no escuchó el ruido del vidrio al romperse, porque un momento antes había subido al máximo el volumen del tocadiscos y el estruendo de la música le impidió escuchar el ruido; en cambio vio la botella que se deshacía, la vio estallar en silencio como algodón soplado por el viento. Miró una vez más por la ventana antes de cerrar los ojos, el incendio cerca y bajando, el calor, el vaso vacío y tibio en una mano. Wagner (alguien estaba agonizando en alemán). Y toda la música del mundo.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)